

ISIDORO JESÚS DE LA VIEJA CAMARENA

Deseo y curiosidad

Deseo y curiosidad

Isidoro Jesús de la Vieja Camarena

Este relato ha obtenido el Primer Premio en el VI Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2019, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Desearía haber tenido unas manos grandes como las del clérigo don Luis Manrique para sostener los libros con su misma delicadeza; aunque a Caya, tu madre, jamás le importaron sus dedos largos ni sus lecturas.

Si ahora le confesara este deseo a Caya, me daría un empujón, porque sabes que nunca ha sido remilgada, y sus manos estropeadas son gráciles y fuertes, destinadas más a sostener los objetos corrientes de la vida que a abrir las páginas tiesas de un libro.

Conocimos a don Luis cuando vino a oficiar su ministerio en el convento de Santa María, de la villa de Teso. Lo veíamos bajar la cuesta por las mañanas y subir por las tardes a dormir al Castillo de su familia.

Pasaba con su libro en la mano, concentrado a tramos en la lectura. Era uno de esos hombres que por su aspecto grave y reservado llevan encima un manto de vejez.

Desde el primer momento intuí que de aquel objeto emanaba una fuerza extraordinaria. Me parecía que llevaba en sus manos una compensación poderosa a su frágil figura. Cuando bajaba o subía se detenía en cualquier esquina por leer unas líneas con mayor atención, como si se bebiera una tormenta a pequeños sorbos.

Ya entonces, sin reconocerlo, sentí el anhelo de penetrar en lo que aquel hombre leía; quería asomarme a su mundo, traspasarlo. Al verlo pasar me venían ganas de imitarle y ser como él.

Una tarde llamó a nuestra puerta, con su libro en la mano, para pedirme que subiera al Castillo a reparar el retablo de la capilla. Lo tuve tan cerca que pude ver el título: Diálogos con el alma. Cuando se marchó, me lo repetí decenas de veces, buscando significados.

Empecé a subir por las mañanas a trabajar. No solo en la capilla, también quiso levantar una biblioteca para ordenar los libros que tenía desparramados por todas partes.

Por las noches trazaba planos que me mostraba al llegar. Me indicaba proporciones, combinaciones de distintas maderas: roble, castaño, algo de

pino. Se interesó tanto que hasta se puso a trabajar conmigo. Se volcó en este proyecto con tal afición que casi dejó de bajar al convento.

Así, al pasar juntos tantas horas, unidos en el trabajo, fuimos despojándonos de artificios y capas; tomamos confianza como suele suceder entre desiguales y, sin esfuerzo, nos encontramos unidos en una respetuosa intimidad.

Un día, con discreción le pregunté por la naturaleza y el apego a Diálogos con el alma, del que no se separaba. Derramó una mirada nostálgica. Me contestó a media voz:

—En mi juventud, carpintero, tuve un amor escondido, inocente y puro, pero prohibido por mi condición de clérigo.

Me quedé en suspenso.

—Mi amada y yo pasamos meses reclusos en las salas de un palacio abandonado de la familia de Claudina, que así se llamaba ella.

Aquel hombre, consumido por el saber y los años, se me aparecía como un arco gótico, que daba entrada a un mundo sin ofensas.

—Cierro ahora los ojos y aún me veo con Claudina recorriendo salas, abriendo antiguos documentos, solazándonos con pinturas que representaban seres mitológicos. En completa ociosidad pasábamos horas desempolvando libros olvidados. Allí descubrimos este por el que vos preguntáis.

Hice el gesto de alcanzarlo para abrirlo, solo un instante, pero él lo retiró y lo guardó entre sus ropajes.

—En la última página tengo dibujadas las líneas de su rostro, la única imagen que conservo de ella y a la que siempre vuelvo, pues mi memoria ya apenas puede evocarla.

Los trabajos de la gran librería y del retablo avanzaban. Por disponer mejor de mí, me propuso que tu madre y yo nos mudáramos a vivir a unos cuartos de los camaranchones. Aunque Caya, al pronto, se mostró reacia, porque deseaba ser madre y el Castillo no le parecía lugar donde criar, pude

convencerla, y así, nos aposentamos cerca de la habitación en que dormía don Luis.

En las mañanas, durante las pausas placenteras que se dilataban, don Luis seguía contando:

—Era ayer mismo, carpintero, cuando miraba el espejo de los ojos de Claudina y hallaba las mismas delicadezas que saboreaba en este libro.

Contó que vivieron durante meses de espaldas a la ciudad, habitantes de un mundo ideal, adornado de estampas y saber. La juventud de él le llevó al olvido de su condición de clérigo, y en ella se desbordó el dulzor de una fruta primaveral.

De sus amores prendió fruto, en días el rostro y la mirada de Claudina tomaron una expresión maternal.

La familia de la joven dama la escondió mientras su cuerpo se iba redondeando, pero el clérigo supo vencer las dificultades para tornarla a su lado. Recordó con ternura cómo posaba la mano sobre su vientre.

—Le puse la mano en el vientre y le prometí que nuestro niño viviría sin sombras, protegido por el aire limpio de la belleza y de la razón.

Añadió con desaliento:

—Pero se quebró la promesa, aquel querubín murió a las pocas horas de nacer. Y ella a los pocos días.

Al concluir nos envolvió un penoso silencio. El gramil, los listones, las virutas de madera quedaban a nuestros ojos como una realidad sin sentido.

De aquel amor a don Luis le quedó una tristeza perpetua, y el libro siempre leído que ella le puso al morir en sus manos.

Me atreví a preguntarle: “Reverendo, y nunca habéis sentido...”

—No sigáis, ¿el remordimiento del pecado?, jamás. La sustancia de mi amor por Claudina es la misma que la sustancia de mi amor por Dios.

Se despertó en mí el deseo de un mundo ideal; hubiera querido convertirme en don Luis: recordar un amor lejano, evocar un palacio, leer su mismo libro y amar con la misma sustancia con que él había amado.

Desde que nos habíamos trasladado al Castillo la vida transcurría en la serenidad de los días laboriosos y tranquilos. Caya, cantaba mientras se dedicaba a sus oficios, su voz clara resonaba en el patio y se colaba por las ventanas de las habitaciones. Cocinaba y preparó un rincón para criar gallinas y palomas.

Don Luis encargaba a ciudades lejanas libros que amontonaba. Se sentaba por las tardes a la claridad de la ventana y leía.

Yo me afanaba en cortar, escuadrar, cepillar y pulir maderas. Seguía los dibujos que don Luis me trazaba, y la fantasía se iba adueñando de mí ante sus palabras. Deseaba emularle. Volví mis ojos a Caya buscando en ella un amor puro; hasta llegué a tratarla con un esmero desconocido, pensé que ella terminaría amándome también de ese modo, pero una tarde me llevé una gran decepción.

Considera lo que pasó:

En la capilla había levantado un andamio para trabajar en el retablo. Caya me ayudaba a veces y le pedí que viniera, pues don Luis no estaba.

Se encaramó a lo alto del andamio mientras yo más abajo sujetaba el montante inestable; casi involuntariamente miraba sus nalgas. No quiero mentirte, fue así. Se dio cuenta, y al descender, sin yo apercibirme, con burla me envolvió en su falda a la vez que me atenazó por el cuello entre sus muslos con tal fuerza que en un movimiento me dejó suspendido en el aire. Me vinieron las angustias y la asfixia de la muerte hasta que oscilándome me depositó en el suelo. Pude respirar; oí sus risas y su cháchara como de lejos.

Todavía mareado pensé que Caya y yo jamás podríamos leer juntos *Diálogos con el alma*, hasta dudé de que tuviera alma.

Durante todo el resto del día me laceró esta idea, pero no tuve más remedio que aceptarla, no sin pesadumbre.

Una tarde en la que don Luis había salido buscando el calor de los muros templados regresó malo. Se ovilló en una silla baja y hubo que acostarlo.

El libro asomaba entre sus ropajes que habían quedado sobre un sillón cerca de la cama. Pensé en tomarlo por unas horas y paladearlo, porque el clérigo transido de padecimientos mantenía los ojos cerrados. Creí que si con Caya no podía compartir la pureza de las ideas que guardaba, al menos lo podría leer yo solo, y encontrar en esto un refugio.

Pero no me atreví.

Subió un monje del convento que atendía a los que enfermaban. Explicó que don Luis sufría mal de piedra. Caya le aplicó a los riñones un paño envuelto en hierro caliente y le dio a beber unas hierbas. Abrió los ojos y pidió que le leyera. Con presteza me incliné y alargué el brazo, pero dijo:

—Ella, que lea ella.

Caya escogió una página al azar y se prestó a leer lo mejor que pudo.

Yo me fijaba de soslayo en las miniaturas, en el tipo de letra, en notas garrapateadas al margen y me desesperaba por no poder mirarlo de frente y a placer.

A don Luis se le preñaron los ojos de lágrimas, emitía un llanto flojo como si se rezumara. Se volvió a Caya.

—Claudina, vida mía desvariaba el enfermo, mientras extendía su brazo para tomar la mano de Caya.

Deseé que muriera para poder quitárselo, Dios me perdone. Aun con su debilidad, me negaba la entrada al mundo puro del que tanto me había hablado.

La cercanía del objeto codiciado me ahogaba y hube de levantarme. Me arrodillé en la galería y recé.

Transigía con la desilusión de no poder vivir un amor purificado con tu madre, pero no podía evitar la codicia de conocer, entender lo que presentía que estaba ahí mismo.

Al siguiente día pudo levantarse. Se sentó cerca de la ventana. A mediodía subí a verle; leía y le temblaba la barbilla.

—¿Deseáis que os lea yo, reverendo?

Acercó su mano para que se la tomara, se le iluminó la cara. Dijo entre dientes:

—Claudina está. La he oído, la escucho, vive aquí cerca.

Me marché. Me herían sus despropósitos.

Por la tarde con la excusa de trabajar me recliné en la capilla. Daba vueltas por la nave silenciosa, y en un pequeño arcón encontré un manto de don Luis. Me lo metí por la cabeza. Busqué un misal en latín, y me senté a la luz de una vela. En este sosiego me quedé dormido.

Me despertaron los zarandeos y risas de Caya. Preguntaba a voces si iba a cantar misa. Al verme serio se sentó y me cogió la mano. Al pronto la llevó por debajo de su blusa.

—Vamos a ver, ¿es que no notáis nada?

Negué con la cabeza.

—No lo palpáis más duro, más abultado.

—No estoy para juegos.

—¿Qué os creéis?, atreveos, ¿no encontráis el pezón que es otro?, ¿el pecho más firme, como airado?

La capilla se había oscurecido, solo en el retablo brillaban reflejos dorados. No tenía fuerzas para adivinaciones.

—Pues sabed, que don Luis al llevarle su medicina me ha pedido que me siente, y al mirarme ha dicho “Claudina, vida mía...”. Ha acercado sus dedos

a mi tripa y me ha dicho en un susurro: “¡Tú estás esperando...! Claudina, vida mía, estás preñada”.

—¿Qué hicisteis del libro?—acerté a decir.

Caya dio un respingo y se levantó para marcharse.

—¿Del libro...? Vengo a buscaros y os encuentro de esta facha... ¡Darse cuenta un pobre viejo de que en mí crecen nuevos huesecillos y vos... me habláis de un libro!

No entendí. Estaba como si me hubiera convertido en insecto. Se alejaba, me fui sintiendo insignificante. No sabía cómo cubrir mi culpa y grité:

—La sustancia con que os amo es la misma que me llena de curiosidad por leer.

Se volvió enfurecida, me dio una patada y al marcharse exclamó:

—¡Quitaos esa sustancia, que parecéis un murciélago!

Me quedé sentado intentando atrapar el aire que me entraba y me salía de la cabeza.

Me hallé confuso: la pesadumbre de ver así a don Luis, el anuncio de tu madre. ¿Qué podría yo ofrecer a una criatura aparte de serrín y virutas?

Cuando me saqué el manteo y cerré la capilla ya era noche cerrada.

Caya dormía, me acosté a su lado pero tardó en venirme el sueño. Me despertó un grito suyo. Corrí en camisa a la habitación de don Luis, pero al llegar ya expiraba. Sus grandes manos sujetaban un crucifijo. La tenue luz le daba al rostro expresión de cadáver.

Tu madre sostenía contra su pecho *Diálogos con el alma*. Me miró atrevida, retadora, con intención malévola que entonces no adiviné.

—Solo ha dado tiempo a que besara el crucifijo. Le acabo de cerrar los ojos.

Extendí los brazos para alcanzar el libro.

—¿Qué hacéis?, ¿en qué pensáis?, corred, avisad de esta desgracia.

Bajé al convento; di voces, me abrieron por fin dos monjes que avisaron a otros de mayor rango. Hube de llamar también en el Palacio de la familia de don Luis, pues, aunque segundón, su pertenencia a noble casa obligaba al principal a proteger el sepelio.

Al regresar clareaba. Caya había lavado y amortajado el cadáver, reposaba vestido con su hábito sobre paño negro con dos velones a los lados. Dos criados de su casa familiar lloraban. El prior del convento pronunciaba palabras de consuelo y pesar.

Inquirí a Caya, pero no me dijo dónde lo había guardado. Busqué y trasteé por los rincones.

Se acercó y me urgió al oído:

—A qué esperáis, ¿y el ataúd?

Todo ese día lo pase claveteando la caja mortuoria, y a cada golpe me repetía que tenía que obligar a Caya a entregarme el libro, porque me pertenecía, del mismo modo que me pertenecían los recuerdos de don Luis.

Por la tarde colocaron el cuerpo dentro del ataúd abierto.

Lo velamos durante todo el día de después, junto con su noche. Y durante ese tiempo Caya me rehuía y no pude hablar con ella.

En el amanecer del siguiente nos disponíamos a trasladarlo a la capilla del propio Castillo. El cortejo se preparaba. Antes de que se cerrara el féretro algunos entonaban cantos de acompañamiento. Dos criados traían parihuelas para portar el triste peso.

En mitad de estos afanes, sin esperarlo, Caya se persignó, avanzó hacia el llorado cuerpo de don Luis, se inclinó y dejó Diálogos con el alma abierto sobre su pecho. Todos se recogieron en un gesto de beatitud. La dama que representaba a la familia se acercó a tu madre y la abrazó con emoción.

Un hierro candente se me puso en las entrañas.

Anduvimos la breve distancia hasta la capilla. Los cantos de purificación y misericordia se me volvían ira.

Don Luis quedó sepultado en una pequeña cripta. Le cubrió una losa de granito en la que el cantero había grabado su nombre y el deseo de una vida eterna en paz.

Cuando acabó el sepelio me quedé solo orando en la oscuridad de un reclinatorio. Sabía que don Luis hubiera detenido a Caya: arrojar su libro al sepulcro para que la humedad y los insectos lo desmenuzaran no lo hubiera consentido.

Salí de la capilla y subí a acostarme, ya era de noche. Caya dormía, me tendí a su lado vestido. Locos pensamientos espantaban mi sueño.

Me quedé traspuesto con un sueño ligero que me agitaba el corazón. Con miedo noté unas oleadas que me devoraban, hube de levantarme y atravesar el patio. Entré al cobertizo de las herramientas y busqué una barra.

En la noche el portón de la capilla crujió. Busqué luces y alumbré el sepulcro de don Luis. Apalanqué para deslizar la piedra que lo cubría. Del hueco abierto emanaba olor a ratón.

—Los libros no han de morir con los ojos que los leyeron. Oí mi propia voz como desde el fondo de un pozo.

Alargué el brazo hasta tomar el libro. Volví a colocar sus manos en gesto de reposo eterno.

Tomé una luz para retirarme a un asiento lejano. Al abrir sus páginas percibí en ellas un color de ceniza, ni siquiera las miniaturas brillaban. Leí, y me fue envolviendo sensación de vacío; el propio papel me parecía áspero, polvoriento; las frases sonaban a confesionario. Las notas escritas repetían dichos que había escuchado en las plazas.

Al final encontré un retrato de mujer. Puse atención: debía de ser Claudina. Sus ojos miraban con insolencia, aguanté la mirada; los labios se

hundían como si le faltaran dientes; la nariz desparramada daba un aire insolente y zafio a todo el rostro.

Cerré el libro para siempre; anduve hasta su sepulcro y me incliné hasta posarlo sobre su pecho. Recé. Deslicé la losa a su sitio.

Diálogos con el alma se reencontró en la eternidad con don Luis.

Sentí una quietud apacible, como si acabara de traspasar un río que me llevara a otro lugar.

Cuando atravesé el patio, ya clareaba. Entré con sigilo en nuestra habitación. Tu madre dormía, se sujetaba una manta de lana sobre el vientre. Me tendí y la rodeé con mi brazo. Entonces tuve la seguridad de que vendrías y crecerías a nuestro lado.

—¿Dónde andas, fantoche?—. Me dijo.

—Por ahí, pensando en cómo llevar a nuestra casa las gallinas y las palomas.

Cerré los ojos y me dije que entre tantos libros como había en la biblioteca alguno serviría para explicar nuestras vidas.

Imaginé tus manos de carpintero pasando las hojas.

Besé a tu madre y me dormí.